

TEATRO

Diálogos deslavados

□ No convenció el último estreno que hizo Ictus.

El programa del espectáculo trae una serie de estudios de Balmaceda, su época y la Revolución de 1891. Es lo mejor de *Diálogo de fin de siglo*, creación colectiva del Ictus, basada en la obra *Diálogos de fin de siglo*, de Isidora Aguirre, y estrenada en el teatro La Comedia.

La alambicada nomenclatura de la pieza seguramente es un subproducto de las tortuosas relaciones que a veces se producen entre los creadores colectivos del Ictus y sus dramaturgos.

El primer acto se inicia con la detonación del disparo con que el presidente José Manuel Balmaceda pone fin a su vida. En las escenas siguientes se presentan algunos personajes unidimensionales, se ubican los acontecimientos de ese fatídico 19 de septiembre y se dialoga. Durante una hora.

En estas conversaciones, donde incluso se da la presencia de una especie de espíritu de Balmaceda (bien caracterizado por José Secall), predomina un objetivo central de establecer similitudes entre aquella época finisecular y la nuestra. Tales paralelismos históricos son perfectamente lícitos en sí, pero debieran fluir como conclusión que el espectador deduce por su cuenta de los parlamentos y del acontecer escénico; aquí, en cambio, se opta por el dale que dale, por el machaque y la eliminación de

elementos acusables de sutilezas. Además, lo anterior no se ubica dentro de un esquema o estructura teatral, sino en un mar de palabras.

Por este camino no se podía seguir y el segundo acto adquiere una tónica más teatral a través de un desarrollo de telenovela (que, por lo demás, pudo justificar la brocha gorda del primer acto de aplicarse allí sus elementos). Así, tenemos al diputado Alberto, recién nombrado intendente de la capital por los vencedores, mientras su hijo Felipe, balmacedista prófugo, se esconde en su propia casa. Alberto quiere poner fin a la guerra, los saqueos, venganzas y represalias. En cambio, el diputado Ramón, que aspira a casarse con la dulce Amanda, detenta el punto de vista opuesto. Por su parte, Amanda ama a Felipe, y Rosario, la mujer de Alberto, amó a Balmaceda hace un cuarto de siglo, hecho tardíamente descubierto por su atónito esposo.

Así se llega al desenlace, momentos después de que padre e hijo, pistola en mano, se enfrentan.

La interpretación tuvo el problema de estar al servicio de personajes de cartón, dificultando la labor de los actores, que así carecen de un sólido punto de apoyo en el texto y encarnan a seres de una sola motivación y tónica. Algunos tratan de superar esa limitación, mientras otros parecen felices, acomodados en sus maquetas. Dentro de la restricción señalada, Francisco Reyes (Felipe) genera un joven romántico, muy de algunas obras teatrales chilenas del siglo pasado. No obstante, el nivel general de la interpretación carece de la homogeneidad de otras etapas en la evolución del Ictus.

Hans Ehrmann ■



Bruna y Sharim: dialogan los dos diputados.